



El horno de La Atalaya, cuya antigüedad supera los 200 años.

La Atalaya de Santa Brígida, primitivo centro locero de Gran Canaria

En la toponimia de Canarias el término Atalaya es bastante frecuente. Por lo general, dicho topónimo suele hacer referencia a un accidente geográfico o lugar prominente que destaca del paisaje y desde donde se divisa gran extensión.

Antaño, las atalayas se denominaban a estos lugares destinados a vigilar y dar aviso, con hogueras de noche y tiros de día, de la proximidad del enemigo o cualquier otro peligro en las costas de la Isla.

La que hoy nos ocupa pudo haber cumplido este papel, a juzgar por su destacada y estratégica posición. Desde ella se divisa parte del noreste y sur de la Isla, sobre todo sus costas.

Se trata de un cerro aislado compuesto geológicamente por depósitos de pómez o toba volcánica. A su pie discurre sinuoso el barranco de Las Goteras. En este pintoresco lugar se asienta un primitivo núcleo poblacional en cuevas artificiales horadadas en la toba que escalona y perfora la montaña, semejante a otros poblados artificiales prehispánicos detectados en nuestra Isla.

A este respecto sabemos que los aborígenes de Gran Canaria aprovechaban la fácil estructura de la toba para la fabricación de sus viviendas. L. Torriani nos describe el modo de fabricación de sus cuevas: "También tuvieron los canarios otras moradas más antiguas, bajo tierra... y tan bien y diestramente hechas que hasta hoy mantienen su perpetua duración... Cuando querían fabricar de este modo, primeramente escogían la ladera de alguna pendiente, para que al socavar en dirección horizon-

tal, tuviesen sitio donde ir en lo alto, y adentrándose algún tanto, hacían una gran entrada que servía de pórtico, y al lado de esta dos lavaderos a modo de cisternas, y encima de la puerta abrían una pequeña ventana, por la cual entraba la luz en todas las habitaciones de la casa. Después a una altura de diez o doce pies frente a la puerta, cavaban una sala larga, en medio de cada pared, cavaban después una puerta, y de allí adentro labraban cuartos grandes y pequeños, según sus familias y necesidades. Pero al llegar encima del pórtico, a la altura de la sala, hacían otra pequeña ventana por la que recibían todas las habitaciones segunda y tercera luz. Después hacían, tanto alrededor de la sala como en las demás habitaciones, muchos nichos, a poca altura del piso, para sentarse y colocar en ellos algunas cosas manuales de su casa.

Estas habitaciones las hacían los canarios en las cuevas de los

montes, o las cavaban en la toba o en la tierra, sin madero ni hierro ni otro instrumento, sino con huesos de cabra o con piedras muy duras...".

Nos hemos permitido esta amplia cita porque este tipo de habitación que el ingeniero cremonés vio en Gran Canaria en las postrimerías del siglo XVI, se repite con ligeras variantes en los alfares que estudiamos: La Atalaya de Santa Brígida, Lugarejo y Hoya de Pineda. Ahora bien, en cuanto a la pregunta de los orígenes cronológicos de estos poblados-alfares nos encontramos con serias dudas y dificultades, ya que no hemos encontrado, tras numerosas prospecciones arqueológicas en la zona, ningún vestigio material que nos lleve a pensar que estos poblados daten de la época prehispánica. Más bien pareciera que dichos asentamientos surgen en épocas bien posteriores a la conquista, como consecuencia, tal vez, de un desplazamiento vertical:

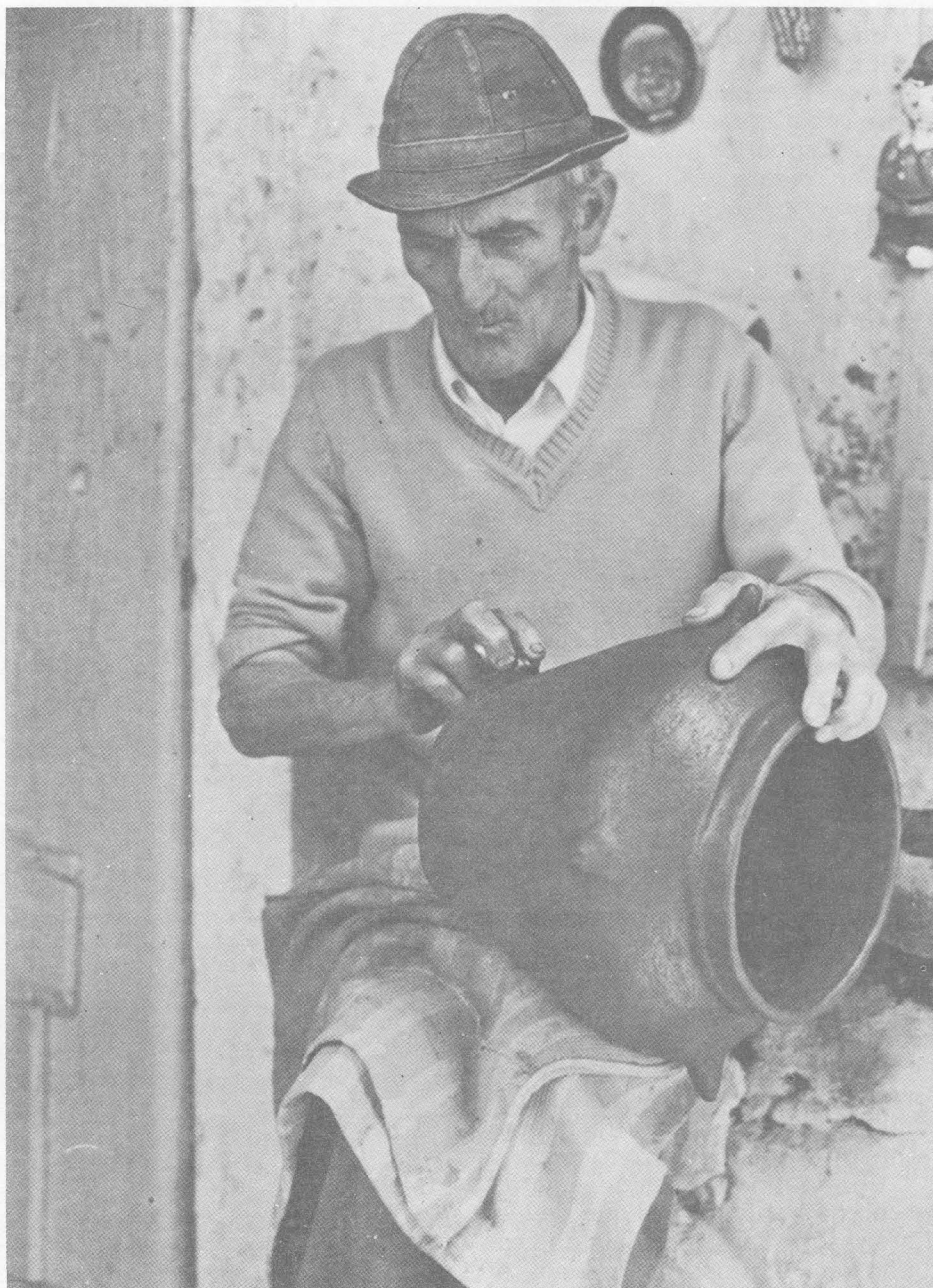
llanura-montaña, que surge a raíz de los repartimientos de tierra entre los conquistadores. En este sentido, las fértiles tierras, en donde sin duda se asentaba numerosa población aborigen (Telde, Gáldar, etc.), pasaron a manos de los vencedores; así los vencidos tuvieron que resignarse a aceptar los riscos baldíos como única alternativa de supervivencia, en ellos se vivió y se vive hasta muy pocos años en extrema pobreza y en condiciones durísimas de supervivencia.

Procedimiento de fabricación de la cerámica en La Atalaya de Santa Brígida

En el "Bulletin de la Societé d'Anthropologie de Paris", 4ª serie, t. II, 1891, encontramos la información de una gestión científica en la que Lajard, erudito francés que visitó La Atalaya de Santa Brígida en las últimas décadas del siglo XIX, ofreció un trabajo sobre el tema. En dicho trabajo encontramos una interesantísima descripción de lo que era la alfarería, en las cuevas de la Atalaya en el siglo pasado, por su interés transcribimos algunas de sus notas:

"En las Canarias, y en particular en La Atalaya, yo he podido seguir paso a paso la fabricación de la alfarería, el rulo está enrollado en forma de hélice. La mujer está arrodillada, ya que son las mujeres, hoy como ayer, quienes están encargadas de este trabajo y enrolla la pasta entre sus manos. Un poco de arena está extendida en el suelo para evitar la adherencia. El agua que sirve para amasar el barro llena un agujero en un rincón de la cueva. Algunas familias viven allí, en estos reductos excavados por los guanches al borde de un barranco escarpado. A medida que el rulo se alarga, se le curva y se le suelda con los dedos para acoplarlo al precedente... esta unión se establece adelgazando en bisel el borde inferior y también sus extremos. Cada vuelta de espiral se sigue de la misma manera que las otras; es un enrollamiento regular y en espiral.

El trabajo se detiene de tanto en tanto. La mujer hace soldar el vaso ligeramente y la operación continúa. La pieza es asida con las dos manos, nada de plataforma, nada de instrumentos de madera, los dedos lo hacen todo. El vaso se termina mediante una fabricación que borra las huellas dejadas por los rulos en los puntos de contacto. Una vez que las piezas han sido puestas a secar, se pintan con la ayuda de una sustancia roja molida en la muela a brazo. Este polvo está



Las piezas de mayor tamaño se trabajan mejor sobre las rodillas, en este caso se le está dando brillo a la pieza (un bernegal que ha perdido su primitiva forma globular). Obsérvese el bruñidor o lisadera que tiene en la mano derecha, con esta piedra de mar, preferentemente de Arguineguín según la tradición, el locoero frota la superficie del utensilio al que previamente se le ha aplicado almagre y un poco de petróleo. Se ha perdido el uso del aceite de pescado, de que nos hablaba Lajard, como materia grasa para obtener más fácilmente el brillo.

de ordinario preparado con la ayuda de una toba esponjosa muy roja, que se encuentra debajo de las extensas coladas de basalto; sobre la delgada capa de contacto el hierro ha sido probablemente suoxidado, siendo, en todo caso, transformado así muy adecuadamente. El color de estas láminas delgadas es muy vivo. Sabino Berthelot ha visto emplear esta sustancia en la policromía de los edificios de Las Palmas.

La operación de bruñido es la más interesante. Esta se realiza con la ayuda de una laja de lava de una forma generalmente alargada. Los frotamientos prolongados marcan frecuentemente aristas en este útil. La muestra que he podido llevarme

está ligeramente curvada en gancho en su extremo; pero este tipo es raro... Este trabajo de pulido es largo, sirve no solamente para dar brillo a la alfarería sino, también, para decorarla por el contraste con los tonos mates que están a los lados. En más de un vaso podemos distinguir el va y ven de la piedra, bajo la forma de largos husillos ligeramente cóncavos, entremezclados y muy lisos: Se los encuentra idénticos en muchas alfarerías prehistóricas... El instrumento de piedra que se emplea para este trabajo constituye el solo utillaje de los insulares canarios para la cerámica. Me ha parecido que merece una mención particular, a causa de la rareza de su empleo y de su desapa-

rición sin duda próxima.

En otra parte de la sesión, Mortillet plantea a Lajard la siguiente pregunta: "Yo estaría muy satisfecho de saber con certeza cómo obtienen los canarios actuales la coloración en rojo de las terracotas. ¿No emplean el ocre, teniendo cuidado en lustrarlos por el frotamiento, después de la aplicación del color?".

Lajard dice que la respuesta a la pregunta de Mortillet se encuentra en una parte de su trabajo, que no ha sido leído en la sesión. La materia que sirve para la decoración de las alfarerías es recogida por debajo de las corrientes de lava antiguas. Las cretas así recubiertas ofrecen una superficie muy vivamente coloreada donde los canarios eligen los puntos más rojos. Esta superficie es seguidamente diluida por medio de la orina (Lajard).

Verneau responde a Mortillet que la sustancia empleada para colorear las alfarerías es ciertamente el ocre, del cual él ha aportado numerosas muestras que han sido estudiadas. Este ocre se encuentra abundantemente en ciertos puntos de las Canarias, por ejemplo en el barranco de Tirajana, donde puede ser recogido sin dificultad.

Una vez disuelto en una mezcla de orina y aceite de pescado, es aplicado a los vasos, en el cual todas las partes deben estar brillantes, siendo seguidamente lustrados por frotamiento con la yuda de una pequeña piedra lisa, frecuentemente un simple guijarro rodado.

Continuando la sesión, Lajard, que no ha hablado más que de las alfarerías modernas, señala que es bueno decir algunas palabras sobre la fabricación de las alfarerías antiguas. "Es muy probable que los procedimientos empleados en otros tiempos sean los mismos que los de la actualidad. Esto debe ser, en efecto, lo que los antiguos insulares legaron a los modernos habitantes sobre los procedimientos operatorios, ya que los conquistadores del siglo XV conocían el torno de alfarero; si ellos fueron los maestros de los ceramistas actuales, estos emplearían el torno, lo que no ocurre así. Además, las formas modernas recuerdan en ocasiones las formas antiguas. En fin, explorando una cueva de San Lorenzo (Gran Canaria) Verneau encontró, al lado de vasos, pequeñas piedras ligeramente porosas cuidadosamente pulidas en una de sus caras, cuyos poros estaban rellenos con un barro parecido al de los vasos mismos, ellas debieron servir para pulir la pasta, como aún se hace en la actualidad. Es común en-

El procedimiento de fabricación de la cerámica de La Atalaya en una descripción antigua

contrar entre la pasta de los viejos vasos, pequeños fragmentos de roca o de conchas destinados sin duda a asegurar su solidez. Pero las alfarerías viejas estaban sin embargo cocidas, siendo equivocada la pretensión de que ellas estaban simplemente secadas al sol".

Esta magnífica descripción de Lajard nos abre una ventana al pasado y nos enseña cómo era la alfarería en La Atalaya hace ya 89 años. Este es un documento arqueológico de gran valor para nosotros, de los que desgraciadamente estamos

tan necesitados.

El tiempo y determinadas circunstancias transformaron algunas características de este alfar, pero la esencia de los mismos se ha conservado milagrosamente para el beneplácito de todos nosotros. Veamos cuáles son estas características:

Hoy en día el alfarero-a ya no trabaja de rodillas sobre el barro, por el contrario lo hace sentado frente a la laja o de lado a ella, a la altura de la cintura (sin duda postura más cómoda, pero no más ef-



Pancho y Antoñita (La Rusia), los dos únicos alfareros de La Atalaya, en las tareas del "guisado" con toda seguridad el más duro trabajo de todo el proceso de fabricación de la loza. Antiguamente, la operación del guisado era llevada a cabo por un guisandero cuya misión era precisamente la de cocinar la loza, ante la atenta mirada de la alfarera de quien recibía instrucciones. Por este durísimo trabajo el guisandero cobraba 2 ó 3 pesetas, irrisorio pago si se tienen en cuenta las nefastas consecuencias que para su salud tenía el aguantar temperaturas superiores a lo normal de forma continuada. Recogemos el testimonio de un alfarero que nos habla al respecto: "los tres guisanderos, que yo recuerdo, tenían la sangre sancochada de la calor, no podían ni orinar, murieron sequitos".

ciente, no obstante la avanzada edad de los alfareros, que lo justifica).

Curiosamente Lajard no nombra para nada, en su descripción, el proceso de pisado del barro; más bien creemos que el erudito francés no conoció este importante paso, debido muy probablemente a que él observó a la alfarera en el proceso del "amorosado o sobado" del barro, operación ésta posterior a la del pisado.

Tampoco nombra, Lajard, el uso de la "laja" o soporte circular sobre el que se elabora la vasija; por el contrario él vio a la alfarera fabricar la loza sobre el suelo de la cueva y sobre un lecho de arena. Entre las encuestas realizadas a los alfareros-as, no hemos encontrado constancia de esta particularidad, además de que las lajas en las que estos trabajan hoy en día son de gran antigüedad, heredadas de sus antepasados.

Por último, Lajard nos describe la mezcla del almagre con orín y aceite de pescado, como ungüento aplicado con los bruñidores. Esta particularidad interesantísima, de haber sido cierta, se ha perdido para siempre entre los alfareros-as actuales. Hoy se obtiene una mezcla de almagre con agua, con la cual se pinta la vasija y posteriormente se le aplica petróleo, estando así lista para el bruñido.

En lo que respecta al uso del "orín", aún perdura en la memoria de los artesanos el recuerdo de ver a viejas alfareras regar el barro que estaban depositando en el "goro" con orín. Según ellos esta operación se hacía para ahorrar agua.

Actual procedimiento de fabricación de la cerámica en La Atalaya

En primer lugar habría que señalar que todos los materiales e instrumentos necesarios para la elaboración de las cerámicas se encuentran en estado natural: el barro, la arena, el almagre, el agua, las piedras, las cañas, la leña.

La locera recogía el barro y la arena de los lugares cercanos a su cueva-taller. La arena, preferentemente en el barranco de Las Goteiras; el barro se extrae en las cadenas de cultivo próximas al poblado.

El almagre, sin embargo, había que ir a recogerlo a la cumbre, en un lugar próximo a la Cruz de Tejeda. Tradicionalmente el lugar de extracción se localizaba en este sitio, muy probablemente por la alta calidad de ese almagre (no todos sirven).

Una vez el barro depositado en



Antoñita espera a que el horno se encienda y se "caldee" para ir colocando posteriormente las piezas de barro en su interior; la alfarera ha trabajado desde tempranas horas de la mañana, acarreado la loza desde su cueva-taller hasta el lugar del horno para que vayan perdiendo "verdor" y se "sazonen" con los rayos del sol, operación esta necesaria pues de lo contrario la loza se rompería por el brusco de temperatura.

Fases de la elaboración de las piezas: Recogida de materiales, "pisado", "urdido", "desbastado", "aliñado", bruñido y "guisado".

el taller, sufrirá un proceso de machacado, que se realiza con una piedra pulida. Al mismo tiempo se "monda" (acción de quitar impurezas al barro); concluida esta operación, el barro se deposita al sol, para que pierda el agua que contiene en su interior.

Cuando el barro está ya seco y soleado se depositará en el "goro", agujero de forma oval excavado en el interior de la cueva-taller.

Este se regará con agua durante unos días.

El siguiente paso es el del "pisado". El alfarero extraerá el barro del goro y lo extenderá en el "tendido" (piso irregular en el interior de la cueva). Previamente sobre este suelo se cernirá arena de barranco (desgrasante) y sobre el barro se extienden las "raspas" (fruto del desbastado de la pieza). Una vez hecho esto el alfarero pisará con un pie toda esta masa durante unas dos horas aproximadamente, luego irá formando bastos que depositará a su vez dentro del "goro"; el barro así preparado estará ya listo para ser trabajado. Tan sólo se requerirá el "sobado" con las manos momentos antes de iniciar el proceso de elaboración de la pieza.

El barro será trabajado sobre una laja basáltica sobre la que previamente se ha extendido un poco

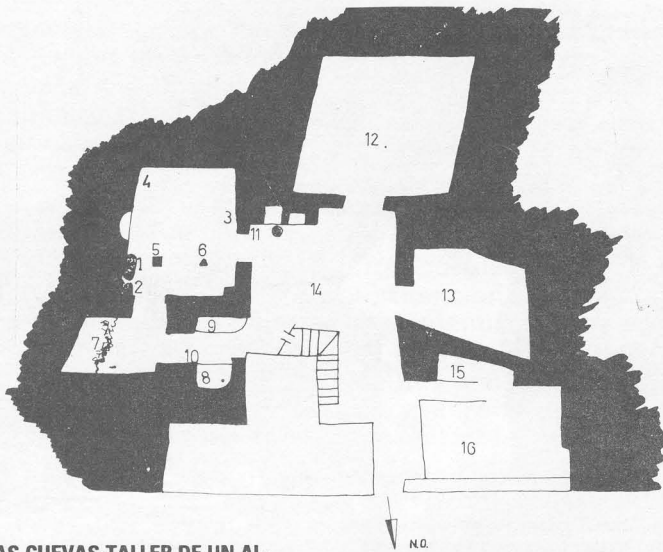
de arena cernida, la cual permitirá no sólo el que se deslice la pieza sobre la superficie de la laja sino también el que no se pegue. El alfarero utilizará el procedimiento del "urdido", el cual consiste en lo siguiente: se coge un trozo de barro, el cual se golpea con los nudillos apoyados sobre la laja dándole una forma más o menos circular, sobre esta base el alfarero irá montando unos cilindros o "bollos" de barro, unos sobre otros y así sucesivamente hasta llegar a la altura deseada. La pieza se dejará secar el tiempo necesario hasta que esté lista para el "desbastado", operación ésta que se realiza con una sección de caña afilada y con un fragmento de aro metálico de barrica (fleje). El desbastado consiste en quitar grosor a la pieza ayudándose de estos instrumentos.

Una vez ya desbastada y con la forma deseada, vendría el siguiente paso, que los alfareros denominan "aliñado" de agua. Para esto se utilizan tres tipos de piedra, a saber: la raspona, la saltona y la fina. La pieza así "aliñada" está lista para aplicarle la pintura. Esto se consigue con el "almagre", que consiste en óxido de hierro que se obtiene en la cumbre y que el alfarero reduce a polvo con el molino de mano. Este polvo será mezclado

Testimonios de los viejos alfareros de La Atalaya

Creemos que se ha perdido el antiguo procedimiento de cocción, ya que el hombre prehispánico utilizó un método mucho más primitivo, pero no por ello menos eficaz (a juzgar por la calidad de las piezas aborígenes observadas). Dicho método pudo consistir en la práctica de un hoyo o agujero en la tierra sobre el que se pondría un lecho de piedras "muertas" y sobre ellas se pondría la loza y la leña, a la cual se le prendería fuego. Este método aún se practica en Lanzarote y Fuerteventura, así como en todo el norte de África. Sin embargo, el horno que se utiliza en La Atalaya tiene sus ancestros en los hornos de pan que introdujeron los conquistadores y que se distribuyeron entre todos los grupos poblacionales de la Isla para su uso comunal. Muy probablemente este sería también adoptado para la cocción de la cerámica.

En el largo cometido del alfarero el momento verdaderamente crítico es el deshornado: ¿Se ha logrado la cocción? ¿Cuál es la cantidad de piezas rotas y la calidad de las otras? El trabajo de largas semanas está a merced de la cocción, pues las piezas en el umbral de la terminación escapan del control directo del artesano para ser entregadas al contacto de las llamas y de los gases ardientes. Es probable



PLANTA DE LAS CUEVAS-TALLER DE UN ALFARERO DE LA ATALAYA

- 1.— Goro para el barro.—
- 2.— Goro para las raspas.—
- 3.— Hoyo donde se deposita la arena cernida.—
- 4.— Lugar donde se deposita la arena sin cernir. El espacio entre estos dos números es el tendido o lugar donde se pisa el barro.—
- 5.— Laja donde "amorosa" el barro el actual alfarero.—
- 6.— Laja de forma triangular, incrustada en el piso de la cueva. donde "amorosaba" el barro la madre del alfarero.—
- 7.— Lugar de la cueva donde se deposita el barro antes de ser tratado.—
- 8, 9 y 10.— Antigua cocina de la cueva en el interior.—

- 11.— Sitio de trabajo del actual alfarero, la piedra redonda es el soporte donde se levanta la pieza.—
- 12.— Antigua cueva-vivienda, hoy transformada en extraño museo para los turistas.—
- 13.— Cueva-habitación y cocina del actual alfarero.—
- 14.— Patio central.—
- 15.— Baño reciente, antiguamente, las casas de La Atalaya carecían de baño.—
- 16.— Corral convertido, hoy, en basurero de la vivienda.—

NOTA.— Esta estructura habitacional está excavada artificialmente en la toba volcánica. La superficie rayada en negro representa el risco.

con agua, obteniéndose una masa más o menos pastosa. El alfarero se impregnará la mano con esta materia que extenderá por toda la superficie exterior y a veces por el interior de la pieza. Cuando la vasija esté más o menos seca, se le aplicará un paño empapado en petróleo (en época prehispánica se tuvo que utilizar alguna grasa vegetal o animal; según Lajard, a finales del siglo XIX, en La Atalaya se utilizaba aceite de pescado). La siguiente operación es la del bruñido o la obtención del brillo por medio de la "alisadera" o bruñidor, que es una piedra de gran estima para el alfarero, ya que algunas de ellas son centenarias, que se recogen en las costas de la isla, preferentemente en Arguineguín.

Todas estas operaciones antes descritas requieren varios días, incluso semanas de trabajo, según las condiciones climatológicas (los alfareros de La Atalaya dicen: "nos matan por la cabeza"). En el norte de África, las alfareras bereberes, elaboran todo su ajuar doméstico de barro durante el verano.

La última operación es la del "guisado". La alfarería se cocinará

o se "guisará" en un horno de grandes dimensiones cuya antigüedad supera los 200 años, pero cuya forma no guarda ninguna relación con el sistema de guisado aborigen.



Pancho y María, el uno continúa aún con el oficio, la otra ya lo ha dejado. Sin embargo, entre ambos existe un extraño vínculo, según el cual, Pancho ayuda a María en lo que puede, en pago, tal vez, a los servicios prestados por ésta, cuando las cuevas de Pancho fueron un taller de alfarería que albergaba a muchos loceros que trabajaban para una misma maestra, en este caso la madre de Pancho.



El locero en su lugar de trabajo. Sobre una laja de forma más o menos circular y sobre la que previamente se ha depositado un poco de arena, el maestro da forma al barro. Antiguamente se trabajaba en el interior de las cuevas, sentado o de rodillas en el suelo. Sin embargo, por la avanzada edad de estos últimos artesanos, estos prefieren trabajar sentados y manipular a la altura de la cintura.

que en tiempos primitivos, la cocción debía estar precedida, sin duda, por ceremonias propiciatorias.

A este respecto debemos citar el interesante testimonio de una alfarera vieja de La Atalaya: "Una tarde estaba mi madre con otras parientes y yo en el horno que estaba lleno de loza hasta la corona. Suarito, el guisandero, había ya encendido el fuego, y era casi de noche cuando de repente oímos un ruido seco y grande dentro del horno, y todas dijimos: "ya se desfondó el horno y se rompió toda la loza". Entonces Suarito nos dijo: *Métanse todas en la cueva y déjenme a mí.* El guisandero se viró al revés la pretina de los calzoncillos y sacando su cuchillo lo clavó en tierra. Aquella

noche nos quedamos todas a dormir en la cueva del horno, al día siguiente la loza amaneció sana y cocinada". El guisandero había ahuyentado a las brujas con aquella práctica mágica. Anécdotas como éstas son frecuentes y creídas por la idiosincrasia de la gente de La Atalaya.

Por último veamos la comercialización de estos productos alfareros. Nadie duda que en la actualidad la alfarería tradicional de Gran Canaria está muy cotizada. Se pagan buenos precios por las piezas; por ejemplo, un bernegal cuesta mil pesetas. El alfarero tampoco tiene que abandonar su taller para vender sus productos, la gente acude a sus cuevas en demanda del producto de su trabajo, y aquél vive hoy

holgadamente.

Sin embargo, hasta hace algunos años, la vida del alfarero era de lo más duro y mísero que se pudiera pensar. La leña necesaria para la cocción de las piezas era difícil de hallar, teniendo que ir caminando hasta la cumbre para "apañar un pequeño "hace" de leña", también el almagre era traído a hombros, como una auténtica bestia, para malvender sus productos tan distantes de La Atalaya, en lugares como Ingenio, Agüimes, El Toscón de Tejeda, Teror y Las Palmas. La cerámica estaba muy mal pagada. Un gran tostador de millo, costaba tres o cinco pesetas y por un bernegal no se pagaba más de dos pesetas. Por esta razón las alfareras preferían el trueque, cambiando la loza por millo, papas, castañas o cualquier otro producto de la tierra.

De esta manera cuando en Canarias se dieron unas circunstancias económicas favorables, muchas alfareras abandonaron su oficio, prefiriendo el trabajo de servidumbre en casas particulares, más rentable y, para ellas, más digno, socialmente. Las madres ya no transmitieron el conocimiento ancestral del oficio a sus hijas y tan sólo algunas personas de avanzada edad se mantuvieron fieles a él. Tampoco hemos de omitir la invasión de productos industriales, que saturaron nuestros mercados insulares, y que fueron desplazando de forma sustancial la presencia de las alfarerías tradicionales en los menajes de las cocinas canarias.

Indudablemente el tema no está agotado. Sin embargo, creemos haber aportado con este artículo una contribución sobre lo que fue y es la alfarería tradicional en La Atalaya de Santa Brígida. Tan sólo nos resta añadir que asistimos al ocaso de la misma de forma, parece ser, ya inevitable e irreversible.

JULIO CUENCA SANABRIA

Comisión de Arqueología del MUSEO CANARIO

Fotos: J.M. CUENCA SANABRIA

En el capítulo de agradecimientos hemos de reconocer los trabajos de traducción de J.M. Cuenca y la ayuda prestada por Silverio López para resolver algunas ayudas técnicas sobre el trabajo de la cerámica.

Y la aportación paciente y práctica del artesano **Francisco Rodríguez Santana**, alfarero de La Atalaya.